

HISTORIAS PENDIENTES

HERNÁN DEL CAMPO

23 de abril de 2009

Hay historias pendientes de contar, que bien podrían llamarse "Historias de muertos", por cuanto sus protagonistas ya no pertenecen a este mundo y fueron llamados al reino del Hades. Tal es el caso de quien, según se alcanzó a conocer en ciertos círculos, muy restringidos por cierto, contrajo matrimonio con una señorita no muy bonita, pero sí con cierta gracia y poseedora de unas redondas caderas y de un andar seductor, cadencioso y coqueto, como el de negra llevando sobre su cabeza un canasto lleno de chontaduro. El matrimonio se realizó con ceremonia y bendición sacerdotal en la iglesia católica del pueblo donde nació él y significó la unión ante Dios de estas dos almas y dos familias profundamente católicas y conservadoras; de aquellas que imploran ante el Vaticano por la santificación de Laureano Gómez.

Pues bien, la historia a contar es la de la luna de miel que realizó esta pareja de recién casados; una prolongada luna de miel que inicialmente fue programada para ocho días y terminó siendo de casi cuatro semanas; tres semanas y dos días, para ser exactos. Ello por cuenta del fracaso de él en su intento por ir más allá de las caricias y de los besos de superficie; siempre, desde la primera noche, no solamente tropezó con la negativa y el llanto de ella, sino por que su pubis estaba asegurado con una especie de "cinturón de castidad", suficientemente discreto, moderno y sensual como para no ser percibido con relativa facilidad como tal.

Fueron tres semanas y dos días en un hotel de cuatro estrellas en San Andrés Islas; en las que la virginidad fue la única ganadora. Cuando todo estaba más o menos perfecto para la consumación final, ella no solamente cerraba sus piernas, sino que se soltaba en llanto, entraba en pánico, y entre sollozos y lágrimas imploraba un poco más de tiempo; de esta manera fue ganando minuto a minuto, día a día, el tiempo suficiente para que cicatrizara la cirugía. Así fue hasta que se agotaron los recursos y la luna de miel tuvo que acabar por agotamiento y regresar a su pueblo natal donde pasaron las siguientes dos semanas en su nueva casa, hasta completar treinta y siete días sin que tan dichoso matrimonio hubiese sido consumado. Tiempo suficiente para que la himenoplástia que el cirujano le practicó cicatrizara a la perfección.

La primera noche de la quinta semana de su matrimonio por fin ella cayó en sus brazos y entre algo de dolor y unas gotas de sangre, entregó su virginidad 📄



